

Tres Cuentistas Centroamericanos

Por HUGO LINDO.

Abrigamos la convicción de que lo más florido de nuestra literatura narrativa, se presenta en Centro América durante este siglo. Algunos de los autores de mayores méritos, son nacidos en las postrimerías del XIX. Empero, lo más flexible, lo más natural y sugerente del ramo, no se da a la publicidad sino en los mil novecientos y tantos, excepción sea hecha de algunos logros esporádicos.

No es aquí nuestra intención la de abarcar de manera general el cuento en el istmo: en nuestra Antología hemos recogido lo que en mayor grado impresiona nuestro ánimo, y hemos asentado algunas observaciones de carácter más amplio: nos referimos, por hoy, a sólo tres de nuestros valores actuales, sin que ello implique subestimación de otros, que probablemente serán tratados en artículos posteriores.

Quiere la coincidencia que los apellidos de estos tres cuentistas empiecen por la letra S: ellos son Samayoa Chinchilla, de Guatemala, Salazar Arrúe (Salarrué), de El Salvador, y Salazar Herrera, de Costa Rica.

En la imposibilidad de agregar aquí una muestra de las calidades de cada uno de ellos, nos remitimos a las obras en que sus cuentos aparecen publicados, y entresacamos, de los relatos que más nos interesan, tal cual fragmento en que brilla la descripción o la narración es más intensa.

Para los interesados en el tema, quizá no sea inoportuno informar que la Universidad Autónoma de El Salvador se halla editando nuestra "Antología del Cuento Moderno Centro Americano"; que ha salido de prensas el primer volumen (que abarca a los narradores nacidos en el siglo XIX) y que circulará, juntamente con el segundo tomo, (los nacidos en el siglo XX), cuando, superadas algunas transitorias dificultades, pueda este último concluirse en los talleres en donde se imprime.

* * *

Cuando Carlos Samayoa Chinchilla, actual Director de la Biblioteca Nacional de Guatemala, enviaba sus trabajos a los esporádicos certámenes literarios del hermano país, podía vaticinarse sin temores, de quién sería el galardón en la rama del cuento. La sola enumeración de los concursos en que salió triunfante, ocuparía una página. Que lo digan, si no, sus doce medallas de excelente narrador, y la Flor Natural con que, en 1935, premiaron su esfuerzo los jueces de los Juegos Florales de San Marcos.

Nació Samayoa Chinchilla el 10 de diciembre de 1898. Sus estudios conforme a planes oficiales, no fueron ni muy extensos ni muy breves. Acaso los suficientes para impulsar al esforzado autodidacta que estaba latente en él. Porque luego del bachillerato y de algunos años de enseñanza politécnica, no tuvo nuestro literato otros maestros que el fluir de la vida —atentamente vivida y observada— y los autores de su predilección.

Mas la vida y los autores se le entregaron con esa generosidad fervorosa con que se dan a los viajeros: si escasamente llegan una y otros

al semitono apacible de las tardes aldeanas, bullen, hierven en las ciudades grandes, esas "creaciones del demonio" que dijera el Padre Juan Salas.

Primero, dos años en Francia, después otros dos en los Estados Unidos, más tarde, en calidad de representante diplomático de su país, lapsos en Bogotá y en Caracas, habían de enriquecer sus dotes de observador. Los paisajes abundantes, variados; las psicologías, múltiples; todo ello tendía al acrecentamiento de sus veneros internos, que no lograron soterrar el papeleo ni la monotonía burocráticos.

Ejerció de periodista entre 1921 y 1925; fué posteriormente Oficial Mayor de la Secretaría de la Presidencia de la República, en su patria, y llegó a ocupar una Subsecretaría de Estado.

Ha publicado tres tomos de narraciones: "Madre Milpa", "Cuatro Suertes" y "La Casa de la Muerta". Tenemos noticia de que pronto, bajo el título de "28 Estampas de la Costa Grande", se editará una selección de sus relatos.

Si analizamos su temática, advertiremos que se escinde en dos motivaciones: por una parte, Samayoa Chinchilla se interesa en los indios guatemaltecos de hoy; por la otra, le seduce el clima social de la colonia española.

Guatemala es país abundante en matices indígenas. Lo es, igualmente, en paisajes. Samayoa Chinchilla conoce los calores, los trabajos y paludismos de ambas costas, ha subido a las estribaciones telúricas en donde el sol es brillantísimo y el aire tiene flechas de frío, y ha pernoctado en las aldehuelas nativas, arrinconadas en sorpresivos vallecitos, con más vida de pasión y brujería que de afanes y dinero... Y conviviendo con las gentes de toda su tierra, abierta el alma a todas las posibilidades psicológicas y sociales, alerta el oído a todas las inflexiones lingüísticas, lista la cámara del ojo para el retrato de los paisajes y las vestimentas, nuestro autor ha realizado la muy difícil tarea de ahondar en ese material geográfico y humano, para traducirlo a narraciones de creciente interés e inesperado desenlace.

Uno de los cuentos de Samayoa Chinchilla que más fortuna han tenido, es el que se titula "El Novillo Careto". Dos indios —él y ella— viejos ya, vienen haciendo economías, desde hace algún tiempo, para comprar un novillo. Van a la feria. Enamóranse de uno. Fingen poco interés en él. Regatean. Lo compran. Festejan su adquisición con el consabido "guaro", y pierden el novillo en la borrachera. Calman la pena con alcohol. Encuentran luego al animal, y tornan a festejarlo, y vuelven a perderlo. Ese es todo el argumento. Simple. Llano. Aparentemente pobre. Pero los hallazgos del alma indígena son maravillosos. La escena del regateo es impagable:

—“¡Ah, no, marchante! ¿Nos tás mirando que son novillos entrefinos y en buenas carnes? ¿O crés vos que mi ganado es robado?”

—“¡Dios guarde l'ora, patrón!”

—“Bueno, ¿qué decís, entonces?”

—“Tal vez no, patrón: si ni mecate tengo...”

—“Adiós, pues...; decile a la mujer que vaya a mercar uno ahí nomás...”

“Y el hombre de altas polainas, que ya había consentido en vender algo, se impacientaba ante la aparente indiferencia del indio:

—“¡Bueno!, ¿qué dice tu corazón, marchante?”

.....

—“Vapués, dejálo estar, hombre: después te vas a arrepentir.

—“¿No querés ochocientos por uno, aunque sea chiquito? —se decidió a ofrecer al fin el sanjuanero, cautelosamente, y sin despegar el ojo del careto.

—“¡Vaya, para no hablar más, te voy a dejar ese josco chiquito en mil pesos! ¿Qué decís? ¿Te cuadra?

—“¡Ah, malaya, patrón, si ni mecate tengo!...”

La simplicidad misma del argumento, hace que este relato sea de un tinte psicologista muy marcado. Las descripciones son breves, y, cuanto hace a la narración, ella se desenvuelve más en la internidad de los personajes, que en el ámbito exterior.

En “El Brujo de Chitzajay”, en cambio, sin duda por la longitud del cuento y la complejidad de la trama, hay sitio para las descripciones de lujo, los movimientos internos y los externos. El argumento —que no pretendemos sintetizar aquí, tiene, podríamos decir, cuatro elementos: la montaña, el hombre blanco, el indio y el misterio. Este último factor es el que pone la nota final, sorpresiva, mágica, bruja para expresarlo con mayor propiedad.

Hemos citado, hasta aquí, dos relatos de los que más nos impresionan en la obra de Samayoa Chinchilla; mas en sus obras hay tantos más, que acaso hiriesen más profundamente la imaginación de nuestros lectores. Va ésto en razón de personales preferencias, y, hemos de advertir, por estos relatos sentimos cierta debilidad... como que son los que, afectuosamente, recogemos en nuestra ya mencionada Antología.

Cuanto a los temas coloniales, en la pluma de Samayoa Chinchilla resultan de tal manera vívidos, que tentados quedamos de entablar conversación con alguno de los caballeros espadachines, algún clérigo desperdigado, alguna damisela de balcón romántico...

Recoge, por ejemplo, nuestro autor, la fina leyenda del Hermano Pedro de Betancourth, relativa a una lagartija que, llevada a una casa de empeños para socorrer las necesidades de un desheredado, truécase, milagrosamente, en lagartija de esmeralda. Así llámase el cuento: “La Lagartija de Esmeralda”, y abunda en detalles de primor.

* * *

Hombre de múltiples talentos y actividades estéticas es Salarrué, (Salvador Salazar Arrué), actualmente Agregado Cultural a la Embajada de El Salvador en Washington.

Nació en Sonsonate, ciudad calurosa sita en la zona occidental de la República de El Salvador, el 22 de octubre de 1899.

Sus actividades preferidas han sido la pintura y las letras. En estas últimas, el relato ha venido a constituir su más acabada y difundida producción.

Como pintor diérase con la más amplia espontaneidad. Repudiará las academias, consciente de su tesoro interior, y acaso temeroso de las deformaciones que pudieran causarle las técnicas ajenas. Y no obstante ser el creador de su propia pintura, ésta no se resiente de aquellos defectos comunes a quienes se proponen sacarlo todo de sí mismo. Conoce y ama la luz del trópico; ama y conoce las perspectivas de las lomas, los colores de las tardes, de los árboles florecidos, de las montañas lejanas, los fríos tonos pajizos de los ranchos abandonados... Por algún tiempo, pintará tapices enormes con motivos indígenas. Las figuras —sepías, rojos, verdes— parecían emerger de los antiguos códices de los mayas y cakchiqueles, en su primitivo hieratismo simbólico... Más tarde, prefirió los motivos palpitantes de vida actual, los recogidos desde los Planes de Renderos y las Lomas de Candelaria, al Sur de San Salvador... Y entonces vino a dar en un colorido vehemente, firme, preciso, encarnación expresiva e impresionante del sol que calcina nuestras tierras y de la vegetación que en ellas bulle, diversificando hasta lo imposible la gama de los verdes: verdes azules, de lagunas tendidas en las altas estribaciones; verdes de prisma, verdes amarillos, verdes...

No es por un capricho que decimos algunas palabras en torno a la pintura de Salarrué. Más de una vez, nos ha tocado manifestar que, a nuestro juicio, Salazar Arrué preséntase tan poeta en la pintura, como pintor en las letras. Sus descripciones no tienen líneas. Carecen de esas minuciosidades del dibujo que son tan gustadas en los relatos de Ambrogi y de muchos otros cuentistas nacionales. No: los relatos de Salarrué tienen color y perspectiva: son pinceladas acaso impremeditadas de tan espontáneas, mas por ello mismo vívidas, calientes y verdaderas. Con frecuencia en una sola frase queda delineado el personaje de la narración. Con más frecuencia aun, ni siquiera se describe, sino que el autor lo echa a vivir, por propia cuenta, en las páginas, y es la conducta, el hacer, el reaccionar de aquel personaje de ficción, lo que a la postre nos lo entrega de cuerpo entero, tal como uno de los de la vida real. Porque para Salarrué parece no haber frontera entre la vida real y la imaginaria. Hombre desprendido de los bienes del mundo, sumido en sus propias teorías metafísicas, no se exagera un ápice al decir que alguna vez se alimentara de los brillos de un crepúsculo o del chasquido de unas hojas, a la margen de un río. . . Así, los personajes de sus cuentos son medio inventados, medio reales, también fronterizos entre ambas comarcas.

Mas estoy adelantando conceptos, porque hay en Salarrué, en verdad, dos cuentistas o más. . . No: tres, precisamente. Primero, se halla el cuentista de "Remotando el Uluán", de "O'Yarkandal" y de "El Señor de la Burbuja". Buzo de misteriosos submares, Salarrué parece aventurarse por las comarcas oníricas y extraer de ahí una multitud de seres y acaeceres neblinosos. . . Como en los sueños, en estas primeras obras de nuestro cuentista, las mutaciones sorprendivas, los nombres eufónicos y antes nunca oídos, las vegetaciones absurdas, los acontecimientos inverosímiles, tienen su evanescente realidad.

He aquí una muestra de este extraño cuentista que nos hace recordar, por momentos, los relatos huidizos de Lord Dunsany, sin pensar, ni remotamente, en influencias:

"El narrador dijo:

"Me llaman Saga, pero entre los ocultos descendientes de Dathdalfa, mi nombre verdadero es Eur-Alas-Sagatara: "El Señor del Ensueño". Eur-Alas es ensueño y Sagatara Señor, y es que en verdad soy el último descendiente de Xuatarakali, la casa de los reyes de Samiramina.

"Mi historia es también maravillosa, y ahora váis a saberla.

"Por primera vez el narrador había descubierto su verdadero nombre a los soñadores que le rodeaban, y era ahora cómo se explicaban muchos el por qué de su apostura sobria y fuerte, de su ademán majestuoso y del brillo lleno de nostalgia que había en la linfa de sus ojos.

"No me enteré antes de los veinte años de mi verdadero origen, que como véis es noble. Soy hijo último de Onidala, nieto de Dabmis, biznieto de Ababila. Ababila a su vez fué hijo de Reb-Il-Ug y nieto de Etoji-Uk, de la línea directa del divino Otsirk de Therazán". (De "O'Yarkandal").

* * *

Hay además otro Salarrué: el que se contiene en los "Cuentos de Barro", editados por primera vez en El Salvador, en 1934, y no hace mucho vueltos a editar en la República Argentina, por Espasa Calpe. Este es acaso el de mayor valor, al menos, en cuanto intérprete del ambiente salvadoreño. Son 34 cuentos, llenos de candor. Algunos, de un raro dramatismo. Otros, encubridores de una fina y disimulada sonrisa. Aquí el autor habla, como sus personajes, con las deformaciones lingüísticas del "indio" salvadoreño que, en realidad, no es indio, sino mestizo. Los nombres de flores y de pájaros están escritos con sujeción a la fonética pueril de nuestras

gentes humildes. Todo rezuma un suave primitivismo, una deliciosa infan-tilidad.

Nuestro material humano, a diferencia del de Guatemala, no es muy rico en variedad. El silencio cuasi impenetrable del hombre de la campiña salvadoreña, sus lentas reacciones, lo hacen aparecer como sér de paupérrima psicología. . . Parece no haber en él los elementos necesarios para la pintura de una personalidad en los párrafos de una narración. Y esta dificultad, casi invencible, la ha superado Salarrué por cierta vía intuitiva, poniéndose él mismo a ser cada uno de sus personajes, viendo la vida desde adentro del corazón y del cerebro de cada uno de los hombres y mujeres que aparecen viviendo en sus cuentos. Así, como si el autor no fuese un espectador de la vida que pasa frente a sus ojos, sino el propio actor de la tragi-comedia cotidiana, recoge los motivos de más aérea simplicidad, para otorgarles toda su dignidad humana y poner de relieve su contenido vital. De este modo viven los bandidos hondureños de "Semos Malos", la viejecita lenta de "Esencia de Azar", la dueña de los cerdos de "Virgen de Ludres", etc. El lenguaje es, además de primitivo, bien poético y colorista. Las pinceladas llevan tanta luz como emoción:

"En el suave momento en que la tarde se bía puesto a *sonrir*, la virgen blanca que estaba en un hueco de la peña, se puso *amariya*, *amariya* de una *luzazón* dorada, que *caiba* del cielo, sin que se viera de qué sol. *Pringaba*. Las hojas de los *quequeishques* *taban* llorando, tal vez de *friyo*, tal vez de tristes, por el temporal que no amenguaba. El farolito colorado *quiantes* no se *veiya*, *siba* haciendo flor en la *escurana*: flor *tinta* como la *jila*, como la *pascua*, como la *flor de fuego*". (Inicio de "Virgen de Ludres").

Difícil es el escoger entre estos relatos, cuál sea el de mayor predilección. Cada uno tiene lo suyo. En algunos, vuela la mariposa negra del dolor, en otros, salta el bichito verde de la esperanza. De entre estos últimos, el de mayor fortuna tal vez sea "La Botija". José Pashaca, encarnación de la pereza, es sostenido por la Petrona Pulunto. Mas a la muerte de ésta, debe buscar su condumio. No quiere trabajar. Quiere, sí, hacerse rico: en las aradas se encontrará alguna "botija", alguno de esos tesoros enterrados que de vez en cuando se hallan en cualquier parte:

"Comió *majonchos* robados, y se decidió a buscar *botijas*. Para ello, se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fué cómo José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar —por lo menos sin darse cuenta— y trabajaba tanto, que las horas coloradas le hallaban siempre sudoroso, con la mano en la mancera y los ojos en el surco".

Y esta pereza laboriosa hizo, poco a poco, fortuna. Cuando la muerte llega, José Pashaca reúne sus dineros, los mete en una urna, y los entierra: —"¡Vaya: *pa* que no digan que ya *nuay* botijas en las aradas! . . ."

Bien sabemos que, con esta síntesis, hemos perjudicado el bello relato. Sólo hemos querido mostrar esa originalidad estupenda que caracteriza todos y cada uno de los "Cuentos de Barro", así como en el argumento como en la forma, a ver si con ello despertamos la curiosidad del lector extranjero por conocer lo demás de la cosecha. . .

* * *

Y el tercer Salarrué (saltándonos, por excesivamente local, el que pudiera encontrarse en los "Cuentos de Cipotes"), el tercer Salarrué, decimos, es el que las narraciones de carácter más universal, el de los relatos psicológicos y el de los cuentos misteriosos. Ese empezó a manifestarse con "El Cristo Negro", novelita muy breve o cuento muy largo, sobre los orígenes de la imagen negra del Cristo que se venera en Esquipulas. Fray Uraco de la Selva pretende imitar a Cristo. . . al revés: Ardido en la más profunda caridad, para evitar al prójimo la carga de los pecados, se anti-

cipa él a cometerlos. Está decidido a condenarse, para salvar a los otros. Sus crímenes llegan a tanto, que se le crucifica. Y cuando su cuerpo moreno pende de la cruz, el escultor Quirio Cataño labra su imagen en madera negra.

En “Eso y Más”, librito editado en San Salvador en 1940, aparecen muchos relatos de original contextura. Salarrué es dado a teorías de filosofía oriental: ello corre al través de toda su producción. Mas cualquiera que sea el juicio que tales posiciones merezcan al lector, es incuestionable que, en nuestro autor, se manifiestan con una extraordinaria riqueza de fantasía. El misterio es en casi todos estos relatos, elemento muy discretamente dosificado, pero muy certeramente puesto. Dígallo, si no, el relato que se titula “La Momia”, que es, a nuestro juicio, uno de los mejores cuentos que se han escrito en Centro América.

Hace pocos años, Salarrué ganó en Cuba el premio “Hernández Catá”, con un relato que no ha dado a la publicidad en El Salvador.

* * *

Decimos tan fácilmente la palabra “descripción”, y le damos un valor convencional en la técnica del relato, que pareciera haber sólo un tipo, un valor descriptivo. ¡Cuán lejos ésto de la realidad! Así como el sonido de los pasos nos hace reconocer a la persona familiar que se acerca, así como el timbre de la voz delata a la que habla, así la manera de retratar paisajes y objetos se halla de tal modo impregnada de la personalidad de quien lo hace, que, pudiérase decir, hay tantas formas de descripción como hay hombres sobre la tierra. Lo mismo diríase de la palabra “dibujante”, que cada uno ve la línea a su manera, y la traza según sus predilecciones personales. Pues bien: Carlos Salazar Herrera cuentista y dibujante, hace en sus relatos con la línea, lo que Salarrué hace con el color.

El tropicalismo de Salarrué tiene los colores decididos. Cosa muy semejante ocurre con los cuentos de Salazar Herrera, pero en lo que hace a la línea. El cuentista costarricense traza sus dibujos con esa firme definición de los grabados en madera. La luz y la sombra no entran allí en las transacciones del esfumino, en los compromisos de las medias tintas, sino que se presentan en esa pugna atroz y permanente en que los teólogos sitúan el bien y el mal. Sus narraciones, como sus dibujos, están bajo el doble signo del papel albo y de la tinta china.

Curiosa mezcla hay en él, de objetivismo y subjetivismo. Describe, hemos insinuado, con lacónica objetividad. Pero en cuanto deja los predios del paisaje para entrar en el movimiento mismo, en cuanto narra, suele dar a sus personajes un profundo contenido humano. Las soluciones son inesperadas, violentas. Con suma habilidad, dirige la imaginación del lector por una ruta determinada, para, de pronto, sacarla de ahí, y hacerla caer en las simas de una solución trágica o dramática.

Nacido en San José de Costa Rica el 6 de septiembre de 1906, ha publicado, bajo el patrocinio de don Joaquín García Monge, en el Repertorio Americano, poco más de unos veinte cuentos, recogidos no ha mucho bajo el título poco sugerente de “Cuentos de Angustias y Paisajes”. (1947).

Dos de estos relatos recogemos en la Antología. El primero, titulado “La Sequía”, aventúrase por las reconditeces psicológicas del indio mudo por el tormento. Conocimos este relato en la revista “Amatl”, que dirigiese Salarrué en San Salvador, y que tan efímera vida tuviera. Desde entonces nos cautivaron las dotes de Salazar Herrera, con quien procuramos entrar

en contacto epistolar. Su amistad es hoy una de nuestras satisfacciones. El otro cuento, "Un Matontado", es la historia de un crimen, sutilmente llevada por las vías del rencor a una tremenda moral sin moraleja.

Con estas dos narraciones, sitúase Salazar Herrera entre lo mejor del cuento centroamericano. Y, no obstante, su producción parece no ser bien conocida siquiera de aquellos que, por estar vocados a las letras o hacer de ellas ejercicio frecuente, más obligados están al conocimiento y al cariño de los auténticos valores de nuestra cultura istmeña.

Sirvan estas líneas de desagravio para el cuentista, y de invitación para el amable lector.

Agosto de 1950.

